

BS 1157

Ch 5

VI



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

El Último Dómine

Yo padecí bajo su odiosa férula; mas como su recuerdo aparece en mi memoria envuelto en los ardoles de una adolescencia espléndida, que se desarrolla al amor entrañable de la familia y entre los halagos de amistades que se inician enérgicas y lozanas, el trancurso del tiempo le ha arrancado las odiosidades legítimas que me le hicieron antipático, y hoy puedo juzgarle con tanta más imparcialidad, cuanto que para este juicio he de hacer revivir en mi fantasía seres queridísimos que, aun reducidos á polvo como están, todavía informan la trama de mis sentimientos.

Necesito, para hacer surgir al Dómine en la integridad de su fea y terrible catadura, trazar una especie de autobiografía comprensiva de los años felicísimos de la infancia, que nada interesante para los demás contienen, y en que hasta las pequeñeces, las nimiedades, las monadas constituyen para cada individualidad, en el recuerdo, cosa así como un circuito de montañas, dentro del cual se desenvuelve la existencia entera; porque la conciencia de cada cual brotó al

petrificarse esas pequeñeces gigantescas, y el hombre no es otra cosa que una conciencia.

Vine al mundo en el seno de una familia modesta y honrada, unida por los lazos del más vivo y puro afecto, naciendo en una pequeña é histórica villa de la provincia de Burgos, que se considera cabeza del vigoroso, sesudo y honrado pueblo castellano.

Pocas criaturas humanas habrán tenido la fortuna de hallar á su alrededor tanto cariño y atenciones como encontré yo desde el primer aliento de la vida, puesto que un conjunto de circunstancias me convirtió, desde luego, en objeto de predilección para mis abuelos, mis padres, mis tías y mis hermanas, entre quienes fuí muchos años el único varón. Fuí un verdadero niño mimado, sin que, por fortuna, tanto amor causara celos á nadie ni me pervirtiera á mí mismo. Debo á la naturaleza un corazón agradecido, que todavía se cree obligado á pagar, aun desaparecidos los acreedores, los intereses de aquel capital de amor que disfruté tanto tiempo. Debo también á mi padre el haber crecido en plena y absoluta libertad. Hubiérase considerado aquel hombre, tan fuerte como sencillo y bueno, indigno de sí mismo de haberseme impuesto y castigado á la vieja usanza de la severidad paterna; delicadeza tanto más loable cuanto más rara entre catalanes, como él era. Abstúveme yo siempre, por puros impulsos instintivos, de abusar de aquella libertad dulcísima que se me concedió por afecto, y firmemente creo que á ella es debida esta pasión desbordada de mi alma, que me ha llevado continuamente á combatir por los débiles, por los affigidos y por los opresos.

Llegué á los nueve años entre caricias, juegos y diversiones, alternados con achaques y enfermedades que acrecentaban el mimo y la libertad en la misma proporción que acrecían los

peligros que de suyo amenazan continuamente á la infancia. Mi madre, que era la dulzura y la discreción hechas carne de mujer, insinuó en muchas ocasiones, como avergonzada de las comparaciones que sobre mi abandono y los aprovechamientos de sus hijos establecían las vecinas, la conveniencia de enviarme á la escuela; pero mi padre, que consideraba una crueldad apartar á los niños de sus juegos, y tal vez creía que la siembra prematura corre muchos riesgos, opuso siempre su veto decisivo, diciendo con sorna: «Que sea hombre antes que sabio.»

Gracias á estas estrafalarias teorías, tan brillantemente combatidas por los modernos pedagogos, que al quitar la teta á los niños de la boca les ponen en las manos la cartilla, ilustrada con variedad de láminas multicolores, sabía yo á los nueve años copia de tonterías acerca de las plantas, los pájaros, los peces, los cuadrúpedos, las estrellas, las nubes, los vientos y las piedras, que juntamente con muchos cuentos, acertijos, adivinanzas, chascarrillos y otras bobadas, me habían enseñado mi padre, mi abuelo, mi madre, mis tías, los criados y los camaradas, sin contar algunas que había aprendido yo solo en mis escurribandas al campo y al río, que eran mis delicias; tales como correr, nadar, escalar las tapias, subir á los árboles, montar á caballo, tirar la honda, hacer bolas de nieve, cazar con red y con cepo y otras salvajadas por el estilo. En esto había pocos que me pusieran el pie delante, así como en recitar de memoria ¡cosa extraña! las más famosas proclamas que dirigió Napoleón á sus ejércitos, las cuales me enseñaba mi padre, poquito á poco, por las mañanas mientras me vestían, y que aún hoy podría recitar sin trocar una palabra, ¡tan fuertemente grabó el amor aquellas sublimes explosiones de la elocuencia militar en mi infantil espíritu!

De lo que no sabía ni poco ni mucho era de lo

que realmente interesa y dispone á los muchachos para sabios, como es leer y escribir, debiendo avergonzarme delante de mis camaradas, que ya leían de corrido y escribían en blanco, cuando yo todavía no conocía la *a*. En vano mi buenísima madre, queriendo lucir mis habilidades en ciertos casos extremos, me obligaba á recitar mis proclamas napoleónicas; las vecinas mandaban á sus hijos decir el «Todo fiel cristiano», el «Credo», las «Obras de misericordia» y otras dificultades del *Catecismo*, y resultaba yo humillado y vencido. Porque tampoco en los recónditos misterios y dulcísimas promesas de la jeligión me ilustró mi padre, pécado ya de herecía, transigiendo solamente con que mi madre me enseñase el «Padre nuestro» y mi abuelo, que era un viejo profundamente religioso, me llevase por las tardes á la iglesia, donde se rezaba el Rosario, á que atendía yo bastante menos que á jugar y subir al campanario con el hijo del sacristán.

Pero como todo llega en este mundo, llegó un día de otoño en que, colgándome á la espalda una carterita de badana que me había traído de la feria de Haro, mi padre me cogió de la mano, me llevó á la escuela y me entregó á su grande amigo el señor maestro, que se llamaba D. Bernardo. No sin pena y sin recelo ocupó mi selvática, ignorantísima y diminuta personalidad el asiento que D. Bernardo me señaló, el último de los últimos, que eran unos rapazuelos llenos de mocos, á quienes miré con el más soberano desprecio, porque me sentía capaz de hacerlos correr delante de mi honda á todos juntos. Sin embargo, aquellos rapazuelos, á quienes llevaba yo la cabeza, fueron los que caritativamente me iniciaron en los misterios del abecedario sobre un cartelón amarillento colgado á la pared, cuyas letras tendrían, bien que mal, tres pulgadas de altura; pues D. Bernardo, que juraría en mi

ánima murió de ochenta años sin haber oído hablar jamás de Fröbel ni Pestalozzi, para descargarse de trabajo hacía ¡el comodón! que sus discípulos se enseñasen los unos á los otros.

Verdad es que le espoleó en el camino de esta pedagógica invención la necesidad, madre adusta pero generosa de todo progreso: porque el buenísimo señor había de atender solo á más de ochenta discípulos, que nos disputábamos su ciencia y sus confites en una especie de granero descomunal, resquebajado por todas partes y amenazando ruina inminente, donde estaba situada la escuela, en que nunca se conocieron las sabias divisiones de párvulos y adultos, viéndose deplorablemente confundidos bajo el mismo techo de cañizo, mal tomado de yeso, mozos en disposición de ir á servir al rey, con rapazuelos apenas salidos de andadores; así los herederos de bien acomodadas familias, como los hijos de los más humildes destripaterrones de la villa.

No obstante, aquella escuela babilónica, adonde subíamos por una escalera que se tambaleaba bajo nuestros pies, despidiendo de sí, á los fuertes pisotones de los más espigados, un polvillo de carcoma que cegaba á los que quedaban abajo; aquel granero destartalado, de cuyo techo caían cascotes que más de una vez nos descalabraron, donde tiritábamos en invierno al rigor del cierzo que penetraba silbando por las desvenecijadas ventanas, aparece en mis recuerdos como un templo y un paraíso juntamente. Era templo porque allí oficiaba de pontifical un sacerdote, D. Bernardo. Y era paraíso porque le inundaba la alagria interna, radiosa é inmaculada con que recogíamos de sus labios, siempre sonrientes, las más sencillas y nobles ideas acerca del honor, del deber y de la cortesía, desparramadas en lecciones de doctrina cristiana que nos exponía con sencillez evangélica, ó en fábulas

ingeniosas que recitaba con soltura y comentaba con suma gracia.

Aún me parece estar viendo á aquel anciano tan respetable, vestido de pantalón de paño negro excesivamente ancho, reluciente y abombado por las rodilleras, y que, á pesar de su edad indeterminable, no tenía una sola mancha; prenda que había recibido varios tijeretazos por su parte inferior, reforzada con una trencilla de seda. Sobre la pretina de este pantalón, uno de los últimos que en la villa ostentaron famosa trampa, caía, después de abrigar el pecho de D. Bernardo, un holgado chaleco de pana rojiza, salpicada de flores de seda negra primorosamente bordadas. Al chaleco y al pantalón los recubría, en parte, otra prenda, cuyo nombre no sabría decir si no fuese propio el de *francoli*, con que la designaba D. Bernardo, pero que venía á ser una cosa entre frac y chaqueta; quiero decir, una chaqueta que llevaba pegadas á la parte de atrás dos muy cortas aldetas, todo ello de paño azul con muchos botones dorados. Si á este terno se le adornara con una camisa de lienzo, de pechera de infinitos pliegues y cuello ancho, sin almidonar, que se doblaba sobre sí mismo para sujetar un corbatín de suela forrada de tafetán, y se le hiciera descansar sobre unas fuertes y relucientes botas de campana, se tendría completo el único traje que yo conocí á D. Bernardo en todo tiempo y ocasión; el único también de que han noticia cuantos camaradas he consultado después sobre este interesante punto de la indumentaria escolar.

Aunque este ropaje tenía mucho que admirar, lo más admirable de D. Bernardo era su cabeza, quizá demasiado grande para su exigua talla, pero soberanamente hermosa, coronada de una blanca y sedosa cabellera que caía ensortijada sobre el cuello del *francoli*. La cara era de un color blanco sonrosado, afeitada siempre, como

para dejar ver mejor la frescura de una boca cuyos purpurinos labios parecían moldeados sobre el nácar de una dentadura perfectísima, para denunciar la dulzura inagotable de un alma noble y sincera, que se explayaba en dos ojos negros, grandes, rasgados y saltones, colocados bajo unas cejas arqueadas que ya empezaban á encanecer, muy separadas una de otra, como los ojos mismos, señal de longevidad al decir de los fisonomistas más conspicuos. Sobre las cejas se alzaba una frente alta, muy alta, despejada, surcada de arrugas horizontales en su parte superior, que acentuaban su expresión de candidez, y bajo las cejas se dilataba una nariz grande, recta, proeminente, algo arremangada, con las ventanas muy abiertas y dejando ver en ellas algunos pelos. En esta cara, cuyos costados adornaban dos grandes orejas, se advertían dos rasgos característicos, á saber: el piquito muy pronunciado del labio superior, y un hoyo en la barbilla que la edad había puesto rígido, pero no quitado su expresión de alegre benevolencia.

Porque D. Bernardo era alegre, con la alegría irreflexiva de la infancia; dulce, bondadoso, benévolo y cándido, por más que otra cosa quisiera ante nosotros aparentar. De ordinario, sentado en un sillón de paja, detrás de una mesa que sobre una tarima se alzaba en la cabecera de la escuela, presidía tranquilo, risueño y calmoso el coro de nuestras recitaciones, semejante al ruido enfadoso y molesto de un centenar de abejorros revoloteando furiosos. Pero cuando se enfadaba levantábase airado, cogía su arma, que eran unos zorros de orillo de bayeta con pretensiones de disciplinas, se dirigía iracundo al grupo de los revoltosos que habían traspasado el diapasón normal ó repartidose algunos mojicones, y gritando desafortadamente: «¡Ea! ¡A callar! ¡Ya os arreglaré yo las cuentas, galopines!»

repartía sobre las espaldas y posaderas de los perversos media docena de golpes, con la misma fuerza y coraje que una doncella romántica que limpia el polvo á unos floreros.

Restablecido el orden por estos contundentes y despóticos procedimientos, D. Bernardo se encarraba, puestos los zorros debajo del brazo izquierdo y ambas manos cruzadas sobre los lomos, con el más sacudido de los delincuentes, que gimoteaba de lo lindo, y después de echarle una reprimenda terrorífica, traía al frente la mano derecha, que había antes metido en el bolsillo del *francoli*, le acariciaba las mejillas, le llamaba primere galopo, que era su adjetivo favorito, luego perillán y, por último, bobo y le daba dos confites, siempre dos, tamaños como perdigones loberos, pero dulces y sabrosos, que dejaban al aporreado más contento que unas pascuas y con deseos vivos de que se repitiera la función que, en efecto, se repetía con harta frecuencia.

Resuelto el conflicto, D. Bernardo volvía radioso y triunfante á su sillón, sobre el cual, en un doselillo de damasco rojo galoneado de oro que era la gala de la escuela, tendía sus brazos ensangrentados un Crucifijo de madera que parecía bendecirle con su agonizante mirada llena de piedad infinita.

Este hombre fué el que me enseñó á leer en *El amigo de los niños*; el que me enseñó á escribir, copiando gallardas muestras de Iturzaeta; el que me enseñó á contar y ejecutar con los números las cuatro operaciones fundamentales; el que me enseñó su miajita de gramática, su miajita de historia y un par de docenas de fábulas de Iriarte y Samaniego, que era todo lo que él sabía, y todo en el espacio de un año que asistí á su escuela; año imperecedero en mis recuerdos, por haberle escrito cientos de veces al pie de mis planas, entre el nombre amado de mi pueblo natal y mi propio nombre y apellido.

Fué el año 1854; pues mientras España estaba convulsa en las agitaciones de una revolución democrática, en aquel rincón de Castilla, donde entre Trueba y Nela se alza sobre una loma Medina de Pomar, garrapateaba yo las letras de las palabras de mis planas, entre las cuales, venida de no sé dónde, trazada no sé por quien, resplandecía para mí como un sol, ésta que ha encerrado después todos los años de mi vida: República.

Ni un sólo retortijón, ni un sólo golpe, ni un sólo palmetazo, ninguno de esos otros repugnantes é indignos castigos con que solían y aun suelen abrumar á los niños en las escuelas, puedo yo decir haber sufrido ni visto sufrir á mis compañeros en la destartalada escuela del bueno y sencillo D. Bernardo, que en mis recuerdos aparece como un ángel, envejecido en la sublime tarea de evocar almas dormidas en la ignorancia al noble ejercicio del pensamiento. Una noche de invierno muy fría, quince años después de aquel en que me enseñó á leer, su sonrisa se petrificó en sus labios, sus ojos dejaron de rodar las anchas órbitas que los cobijaban, su cabeza quedó yerta sobre la blanca almohada y á la mañana apareció muerto, sin enfermedad. ¡Que en el rincón de tierra que te guarda para siempre, dulce y amado maestro, te sirva de epitafio la bendición que te envía el agradecimiento del que más de una vez, galopescamemente obrando, provocó tus iras para alcanzar los confites del *francoli* que te sirvió de uniforme y de mortaja.

Entre este maestro, que me inició en la vida racional entre risas y dulzainas, y el domine, que me atronó los oídos con bárbaros latinajos, desprovistos de toda idea clara y útil, martirizando mi cuerpo y torturando mi espíritu, medían tres años, y dos viajes que decidieron mi vida. El primero me condujo á Zaragoza, la inmortal ciudad de los fuertes brazos y de los va-

lientes corazones, donde el niño se hizo adolescente, correteando al pie de muros que transformó en altares el patriotismo. El segundo me llevó á santander, la hermosa perla del Cantábrico, la ciudad de los espléndidos estios, de los inviernos templados, de los alborotados sures, de los asoladores vendavales, de los horizontes sublimes, de las perspectivas bellas y de los melancólicos ocasos, donde el adolescente alcanzó la juventud y sintió su corazón preñado de pasiones ardorosas.

Un viaje á los doce años es una transplatación. Al llegar á Santander no conocía á nadie, ni nadie me conocía á mí: todo me era punzantemente extraño; los hombres, las costumbres, los trajes, hasta la misma tierra, que se hundió en el Océano, rindiéndose á su imperio sin límites. Mis ojos no se cansaban de mirar tantas cosas nuevas, quedándose encantado ante los barcos que en el muelle cargaban y descargaban sus mercancías, saliendo sólo de la especie de embobamiento en que me hallaba sumido los primeros días, para deplorar el apartamiento de tantos queridos y alegres camaradas como había dejado á las orillas del Ebro. Nadie tan solitario en el mundo como el mozalbete de mis años suelto en una ciudad totalmente para él desconocida y sin relaciones. Aquella soledad era una angustia para mi corazón, tanto mayor cuanto es más grave, severo y contenido el carácter del pueblo santanderino que el del zaragozano. Mi propia manera de hablar, á la aragonesa, franca y atrevida, al chocar con el nuevo medio que me rodeaba, contribuían á un retraimiento, que era entonces la nota más saliente de mi carácter, á tal extremo llevada, que sentía prurito de pasar desapercibido para no ser distraído en mis devaneos de pensamiento. Los mayores esfuerzos que he tenido que hacer sobre mí mismo han sido para vencer la natural tendencia á bajar los

ojos y ponerme encendido como una amapola cada vez que alguna persona se fijaba en mí y me miraba con detención.

Había yo en Zaragoza ingresado en el Instituto y aprobado el primer año de latín, con un catedrático que, si mal no recuerdo, se apellidaba Abadía, y era D. un Bernardo el de Medina forrado en la gramática de Araujo, con una sota-barba de contraestudiante de barco para no coquillearse la enorme nuez de su cuello cada vez que se afeitaba. Aquel santo varón, si realmente no sacó, que yo sepa, Cicerones en su aula, tampoco descalabró, ni maltrató, ni molestó siquiera jamás á ningún muchacho, dejando á la providencia de Dios que hiciese florecer en ellos las buenas semillas del *musa musce* y del *quis vel qui*, que él á manos llenas y con la más sana voluntad les arrojaba desde una especie de púlpito, donde tenía su cátedra. El viaje á Santander exigió un cambio de matrícula, bien raro por cierto en aquella edad mía y entre aquellos dos tan apartados establecimientos docentes; de modo que, cuando despedido cordialmente por el Sr. Abadía, que me deseó buen viaje y buena suerte, después de un mes de descanso y correteo en el pueblo natal y una semana de encantamiento ante las novedades santanderinas, me advirtió mi padre que era preciso volver de nuevo á los estudios, eché á temblar por dentro, como presintiendo lo que me aguardaba.

El presentarme solo, desconocido, extraño, raro, en un avispero de estudiantillos, me producía terror. Temía ser objeto de sus burlas y tener que comenzar aporreando á los que deseaba fuesen mis amigos. Temía también al profesor incógnito que me estaba reservado, pues el viaje y las detenciones, agregándose á las benignidades del Sr. Abadía, me habían retrasado tanto en el curso, que sospechaba había de hacer un malditísimo papel en la clase. Además, el

latín no me placía: aquello de luchar á brazo partido con el *Diccionario* de Valbuena, para rastrear el sentido de una oración, no se avenía con la invencible tendencia de mi espíritu á penetrar la substancia de las cosas, sin pararse en la forma que revisten. Seré el último, me decía, y esto me angustiaba, y me picaba también, saliendo de mis luchas íntimas tan abatido, que de haberme dado á elegir en aquellas horas, hubiera preferido ir á guardar cabras á un monte, ó á baldear un barco como grumete, que presentarme á continuar mi segundo curso de latinidad.

Pero no hubo escape. Bajo la severa mirada de mi padre, y sobre los labios un beso de mi madre, con los libros en la mano y la papeleta de matrícula en la faldriquera, salí una mañana de invierno de mi casa camino del Instituto Cántabro, que hube de preguntar dónde caía, no sin extrañeza de las gentes, que se admiraban de un estudiante que no sabía el camino de su clase.

Llegué, encontré abierta la puerta, y entré, saludando muy respetuosamente á un bigotudo portero que, con un galón de plata en una de las bocamangas de la levita, custodiaba el atrio de aquel templo de la sabiduría, y me miró con ese aire repulsivo que inspiran las novedades á los viejos gruñones.

Presentóse ante mis ojos un gran patio húmedo, en cuyo primer término, á la derecha, se extendía un cobertizo, bajo el cual se paseaban gran número de estudiantes, ya hablando, ya repasando sus lecciones, los cuales me miraron con curiosidad, é hicieron corro á mi alrededor cuando yo, con el corazón palpitante y la cara encendida, llevándome la mano á la gorra, pregunté al que me pareció más simpático por la clase de latín.

—¿La de qué año?—me preguntó á su vez, en lugar de responderme.

—La del segundo—contesté.

—Esa está en el infierno.

—¿Cómo en el infierno!—le repliqué, tomando cierto aire de fiereza, para indicarle que, si acaso aquello era burla, no estaba dispuesto á soportarla.

—Pues en el infierno, digo, dirigida por el mismo Lucifer, que reparte linternazos como éste.

Y señaló á un muchacho del corro que llevaba una venda en la cabeza, la cual separó, mostrándome en lo alto de la frente una herida amoratada é hinchadiza que me causó horror.

No sabiendo qué decir, ni qué hacer, no hubiera salido nunca del asombro que aquellas cosas tan nuevas y tan extraordinarias me causaban, si un mozalbete mofetudo, con la cara más alegre y picaresca del mundo, rodeada de una cabellera encaracolada, no hubiera cortado el fatigoso silencio preguntándome con la mayor lisura:

—¿Qué! ¿Vienes á estudiar con D. Bernabé?

—Y ¿quién es D. Bernabé—le dije.

Púsose serio, con toda la seriedad que cabe en una cara de risa de trece años, y me contestó:

—El Lucifer que reparte en el infierno esos linternazos; porque el infierno es nuestra clase, sobre todo los lunes como hoy. ¿De dónde vienes?

Creí de mi deber decirles que venía de Zaragoza, y explicarles mis circunstancias, teniendo la fortuna de caerles en gracia, sobre todo, á mi parecer, al del pelo ensortijado, y al primero á quien me dirigí, que luego fueron por espacio de veinte años mis mejores y más íntimos amigos.

Dijéronme ellos que D. Bernabé era el catedrático del segundo año de latín, que ellos como yo cursaban; que era severo hasta la crueldad, pero que sacaba muy buenos latinistas; que se estaba en su clase tres horas por la mañana y dos por la tarde; que no tardaría en llegar, y que aquel día, como lunes, eran más de temer las explosio-

nes de sus cóleras; porque después de fiesta traía más enconadas las almorranas que de ordinario padecía.

A todo esto, ya paseábamos los tres enfilados por debajo del cobertizo, como buenos camaradas, lo que me sirvió de grande complacencia; pero como las noticias que me daban acerca del Lucifer latino, de sus ferocidades, procedimientos y exigencias eran cada vez más alarmantes, y contradecían tanto aquello á que yo estaba acostumbrado bajo el suave yugo del Sr. Abadía, el miedo se me iba extendiendo por todo el cuerpo, poniéndome carne de gallina y provocando en mi conciencia estudiantil los más torcedores remordimientos; porque yo no dudaba un instante que había de ser el último de los latinos de la clase y víctima propiciatoria, en consecuencia, del Lucifer que la regentaba.

En estas zozobras dieron las nueve en un relojillo de campana que había en la capilleja en cuyo atrio paseábamos, y apareció en la porteria una figura siniestra, envuelta en una capa azul, cubierta la cabeza canosa con una chistera descomunal, y que se apoyaba, al andar muy despacio, en un robusto bastón de caña. El centenar de estudiantes que zumbaban en el patio enmudeció como por ensalmo, descubriéndose todos, lo mismo los latinos que los más adelantados, al paso del fiero profesor, que cruzó por entre las filas sin mover la cabeza, clavando en los grupos la mirada felina de unos ojillos azulados que fulguraban rayos y centellas detrás de unas cejas espesísimas y lacias, que los resguardaban á modo de fleco. Yo también me descubrí y quedé clavado como un poste en el suelo, porque no necesité que nadie me lo dijese, para comprender que aquel fantasma era D. Bernabé, el verdugo de quien me acababan de hablar.

Detrás de él, como arrastrados por una mano invisible que saliese de entre los anchos pliegues

de la capa azul, echaron á andar hasta treinta mozalbetes de mi lámina y condiciones, á quienes me agregué, adivinando que ellos eran la presa natural del monstruo, ó sean los discípulos del dómine (que por tal reputé inmediatamente al profesor que la suerte me había deparado en sustitución del bueno y simpático Sr. Abadía), los cuales cruzaron el largo y húmedo patio con el paso receloso y el aire tímido de la res que se conduce al matadero.

Estaba el aula situada en el piso bajo del antiguo convento que las revoluciones habían transformado en instituto, dándola acceso una puerta de servicio, la cual atravesamos en seguimiento de D. Bernabé, que, tieso, silencioso, hurao y altivo, se detuvo ante otra puerta que se abría á mano derecha sobre una espaciosa antesala; y sacando entonces de debajo de la capa una mano amarillenta y descarnada, y en ella una llave con que abrió la puerta, penetramos en el aula uno tras otro, desfilando mudos y amedrentados por ante el profesor que, parado en el dintel, revistaba su tropa con la marcialidad y la fiereza del general que forma el cuadro para un fusilamiento.

Yo, que sentía una angustia indecible en mi corazón, al advertir un maestro tan diferente de aquellos á que estaba tan acostumbrado, y que además padecía bajo el horrible peso de la necesidad, que me obligaba á llamar la atención de tan espantable profesor y tan cariacontecidos discípulos, entré como los demás, en seguimiento de mis camaradas del soportal, y con ellos me senté en los bancos de la izquierda, ó sean los pertenecientes á los cartagineses infieles, destinados á la muerte en el consejo de los dioses de la antigüedad pagana.

Después de entrar todos, D. Bernabé, girando sus ojillos verdosos por la antesala y lo que desde ella se alcanzaba á ver del patio, entró tam-

bién, y cerró tras sí la puerta, echando por dentro la llave, como diciendo:

—Aquí no hay escapatoria; ¡ay de los que entrásteis en esta ratonera del Padre Nebrija!

La vuelta de la llave me alarmó grandemente; mas lo que puso el colmo al espanto de que me hallaba poseído, fué ver que D. Bernabé, quitándose la enorme chistera la colgó de una percha, y, seguidamente, colgada también la enorme capa, abrió un cajón de la mesa, de donde sacó media docena de varas, que colocó ruidosamente sobre ella, diciendo en alta voz y riéndose como podría reirse un gato presidiendo un Congreso de ratones:

—El Sr. D. Juan de Acebo, grande enderezador de estudiantes torcidos.

No pude reprimir un escalofrío, y á punto estuve de caer desfallecido en el banco; pero el miedo me dió fuerzas, y permanecí tieso y grave, al igual de mis compañeros, que semejaban dos filas de estacas plantadas una en frente de la otra, como guardando los campos enemigos de cartagineses y romanos, presididos por el cruel dios de la guerra.

Después de las varas de acebo, sacó D. Bernabé del cajón unas soberbias disciplinas de correas retorcidas, á cuyas puntas se observaban unas rugosidades abultadas, sumamente sospechosas, y colocándolas junto á D. Juan de Acebo, exclamó con una vocecilla burlona:

—La Santa Disciplina, domadora de latinistas rebeldes y casquivanos.

Puede figurarse el amable lector el efecto que estas palabras y aquellas disciplinas me causarían. Sentí un repeluzno en las espaldas, como si viese ya caer sobre ellas las abultadas y sospechosas puntas de aquellas retorcidas correas, que D. Bernabé agitaba convulsivamente en sus manos, que de nuevo introdujo en el cajón para sacar de él un chirimbolo en forma de espuma-

dera, y no era otra cosa que una palmeta descomunal, que colocó al lado de las varas y de las disciplinas, diciendo:

—¡La Santísima Trinidad de los vagos y desobedientes!

Aquello era más de lo que yo había oído, y más de lo que había podido pensar; de modo que empecé á dar diente con diente, acordándome de los nombres del Infierno y de Lucifer, con que me habían designado mis camaradas la clase y el profesor; y sin duda alguna hubiera huído de aquel antro escolar, sin la precaución sapientísima de D. Bernabé de cerrar con llave la puerta del aula. Una observación oportunísima, pero huera, calmó un tanto mis ansias y me infundió aliento en aquel instante de desesperación, y fué advertir que las ventanas de la clase estaban casi al ras del suelo, y que en caso de urgente necesidad podría forzarlas y escapar por ellas. ¡Necio de mí! Ignoraba todavía los efectos del terror que inspiraba el catedrático.

No había este concluido con tales cosas los preparativos obligados de la enseñanza que nos daba; pues todavía sacó del cajón un gorro de terciopelo negro, que se caló muy gallardamente en la cabeza, y después un aparato que veía yo, no sin zozobra, por la primera vez de mi vida. Era un ruedo de goma, con una llave de metal amarillo, por donde se puso á soplar desafortunadamente hasta hincharle á su satisfacción, colocándole después en su sillón de paja y sentándose encima. Entonces recordé lo que me habían dicho de las almorranas, irritables los días festivos, y temblé de nuevo á su voz, que gritó:

—¡Los puntos!

En el acto, y como movidos por un resorte que pusiera repentinamente en acción sus brazos y bocas, cada uno de los romanos y cada uno de los cartagineses de ambas filas, sacando sus gramáticas comenzaron á tomar las lecciones á

los que tenían detrás de sí, armando un ruido como el del cuchicheo de las gentes que se transmiten una fatal noticia. Como yo era un novato, ó mejor un intruso, los cartagineses que me tenían en medio, sin andarse en cortesías me echaron de la fila para comunicarse, á modo de confesor y confesado, las intimidades del Nebrija; y avergonzado de la situación desairada, y advirtiéndome en la mirada que me dirigió D. Bernabé algo así como una interrogación, tomando una resolución suprema, saqué mi papeleta de traslado de matrícula, y, colorado como un pavo, sintiendo un zumbido espantoso en mis oídos, avancé hasta la mesa del fatídico profesor, y, sin decir palabra, alargué la mano y le entregué el papel.

Antes de leerle me dirigió, de pies á cabeza, una mirada escrutadora, que cuando analizó mi frente pareció querer penetrar hasta el fondo del cerebro, y cuando registró mi traje trató de pesar y medir á conciencia la clase, el género y hasta la raza social en que debía clasificarme, lo cual aumentó mi naturalismo atolondramiento, y por decir algo, dije esta tontería:

—Tengo el honor de saludar á usted, y ponerme á sus órdenes y bajo su dirección.

Arrugó las cejas al oír el cumplido y sacó el fino y amoratado labio inferior media pulgada sobre el superior, haciéndome una mueca de soberano desprecio, sin duda para significarme que se le daba una higa de mis cortesías. Quedéme con esto afligidísimo é irritado contra mi mismo, mientras él, sacando sus gafas de una cajita de plata, y poniéndoselas muy despacio, después de limpiar los cristales con el pañuelo, leyó detenidamente la papeleta, que tal vez fuese la primera de su clase que caía en sus manos durante su larga vida de maestro de latinidad.

En este tiempo, tomadas unas á otros las lecciones los estudiantes habían callado y estaban

á modo de estatuas plantados en sus sitios, con lo cual me vi convertido en el objeto de todas las miradas, posición que, aumentando mis inquietudes y recelos, llevaron al último punto de alarma mis sentimientos y de rubicundez mis mejillas. ¡Yo no sé lo que hubiera dado por desaparecer en aquel momento de aquel lugar y hallarme en campo abierto, honda en mano, apedreando enemigos! Yo, que allí me sentía desfallecer de miedo, me hubiera atrevido fuera contra ciento. ¡Tan vana y estrafalariamente juzgaba entonces de las situaciones y de mí mismo!

Revisada la papeleta, quitadas las gafas y vueltas á la cajita, D. Bernabé se puso de pie, y, mirándome furioso, me preguntó:

—¿Pero cuál es tu enrevesado apellido? ¿Te llamas Ches, Chis ó Chus, como el patriarca de los negros?

—Me llamo Chies—dije amohinado y sentido de aquella burla;—es un apellido catalán bien fácil de pronunciar, y más bonito que otros muchos castellanos, como Cuerno, Barrigón ó Pichardo. Cruzó un relámpago de ira por la cara del dómine, al verse devuelta la burla, en que juro por mis antepasados que llevaron mi apellido, no entró para nada la intención de atacar, sino la de defenderlos; pero, sea que domase sus pasiones, sea que creyese de mal gusto comenzar mi educación vapuleándome, lo cierto es que se contuvo, y se contentó con decir:

—¡Hola! ¡hola! ¡hola! ¡Con que te llamas Chi... Chi... Chies? Pues más parece eso un estornudo que un apellido.

Soltaron la carcajada sin poderlo remediar mis condiscipulos, y yo aseguro que si en aquel momento la ira que inundó mi pecho hubiera podido estallar, no me habría contentado con menos que estrangular al bárbaro que de tal manera, y tan sin motivo, me ofendía en lo más caro al hombre bien nacido, que es el nombre

honrado de los que le dieron el ser. Era un niño asustado y sentido, y me eché á llorar. Dos lágrimas de fuego rodaron lentamente por mis mejillas, escaldándolas y amargando mis labios, mientras miraba sin pestañear al mónstruo, que, aunque satisfecho de su hazaña, hubo de contener su gozo para velar por la santa disciplina, y recogiendo de sobre la mesa las correas, recorrió ambas filas de estudiantes, sacudiendo á diestra y siniestra furiosos disciplinazos, que mis compañeros recibieron haciendo las más extravagantes contorsiones, pero sin lanzar un solo grito de dolor ó de protesta.

—¿Risas aquí?—gritaba el domine—ya os daré yo que os riáis como lloran en Francia.

Aquel espectáculo miserable aumentó mi confesión y mi quebranto, doliéndome de ser la causa inconsciente de tamaño recorrido, porque me imaginaba que me haría antipático á mis camaradas.

No fué así, sin embargo, como advertí más adelante; pues los pobrecillos estaban sobrado acostumbrados á tales desafueros, y sabían bien que nacían, no de la ocasión, sino de la idiosincrasia del domine, que, volviéndose á mí después de sentarse triunfante en su sillón, me preguntó por mi procedencia, por el profesor que había tenido, por los libros en que había estudiado y por mi aprovechamiento en el año anterior. Cuantas noticias le di, balbuciendo á causa de la viva emoción que sentía, le parecieron mal, sobre todo lo de haber estudiado por la Gramática de Araujo y el blando método y dulces costumbres del señor Abadía. Hizome, además, conjugar un par de verbos y traducir cuatro líneas, y todo ello le persuadió, no sin razón, de que yo apenas si sabía deletrear el latín, lo cual me parece que contribuyó á infatuarle y encariñarle con su favorita sentencia de que «la letra con sangre entra», porque dijo con arrogancia:

—Todas esas Gramáticas nuevas y esos cate-dráticos modernos, muy estirados de levita y con esos cuellos de camisa que parecen foques, con su horita y media de clase y mucha bambolla de explicaciones, no pueden dar otros resultados que estos de no saber una palabra de latín los muchachos. Vicentón te va á echar la pata. Pero yo soy justo, y te doy tres días de plazo, para comprar el Nebrija y el Valbuena, aprenderte la lección sin seis puntos y estar á la puerta al dar las nueve. Ponte el primero de los cartagineses estos tres días, que al cuarto yo te aseguro, si no cambias de piel, que te la haré cambiar yo, para que sepas lo que es estudiar latín de formalidad.

Tras este discurso, que me hizo temblar de piés á cabeza, me colocó él mismo el primero de la banda, y allí me dejó como una cosa abandonada, dirigiéndose á sus discipulos. Todos ellos, á excepción de las cabezas de las filas, se fueron con él confesando de una extraña manera, pues decían esta palabra, *sin*, ó esta otra palabra, *con*, seguida de un número. El *sin* quería decir que el estudiante á quien el manifestante había tomado la lección, la había dado sin errar seis veces; el *con*, que había errado, descontadas las seis faltas consentidas, las veces que indicaba el número que seguía á la preposición.

Entonces pude observar otra cosa no menos extraña, pero infinitamente más cruel. D. Bernabé se dirigió á la mesa, cogió la palmeta, y, repanchigado en su sillón, sobre el ruedo de goma que le servía de asiento, fué recibiendo las visitas de todos los que erraron más de seis puntos, repartiéndoles tantos palmetazos como tropezones habían dado en la lección. Nada comparable á la resignación de aquellos infelices niños, que acudían á recibir los dolorosos golpes haciendo contorsiones con los brazos, y volvían del palmeteo llorando y restregándose las amoratadas palmas de las manos en la ropa. Diez fueron aquel lunes,